



CAPÍTULO IX.

LA SALVACIÓN DE DON SANTIAGO.

AL caer don Santiago, perdió el conocimiento, y no volvió en sí hasta que al cielo plugo enviarle al rostro las primeras gotas de lluvia.

Don Santiago se incorporó, miró á su alrededor y la soledad de que se vió rodeado, lejos de infundirle pavor lo hizo estremecer de alegría.

No podía dar crédito á sus propios ojos, el bandido había desaparecido, estaba solo y libre ¿adónde estaba? ¿qué camino toma-

ría? ¿qué haría para orientarse? ¿dónde estaba su guardián?

La soledad respondía á todas sus preguntas.

—¡Perdido, pero libre! exclamó.

Y echó á andar; pero el terreno declinaba visiblemente á sus piés, se hundía, y después había un abismo.

Don Santiago se detuvo, miró, pero su mirada no pudo rasgar el velo de las tinieblas.

Entonces retrocedió y buscó terreno por donde, descendiendo siempre, bajara al valle sin forzar el paso.

Hacia el lado del negro abismo se percibía un rumor sordo pero colosal; era la respiración de un mónstruo que iba á enseñorearse en las tinieblas, á invadir el llano, á arrastrarse por las barrancas, era la avenida que iba á arrebatar á los lobos su banquete.

Don Santiago huía en opuesta dirección, tropezando con piedras y breñales, porque le parecía que del lado del ruido estaban todos los peligros.

Al fin se desgajaron las nubes y don Santiago recibió el chubasco, sin tener donde guarecerse.

Su camino se hacía intransitable, pero don Santiago no cedía ante la dificultad, sino que desafiando al tiempo y á la noche, avanzaba siempre para alejarse de aquellos lugares.

Por fin bajó al llano, ya casi sin fuerzas, pero allí lo esperaba con los brazos abiertos el amigo del hombre: el árbol.

Allí estaba ese sér viviente como en accho del desvalido, allí estaba un tronco, que el tiempo había carcomido en parte; allí estaba el abrigo: allí estaba un techo tan hospitalario como la filantropía, allí estaba Dios velando por el hombre.

Don Santiago se acogió al árbol, como una avecita al nido, y al palpar la corteza seca y caliente, la besó.

—¡Bendito seas Dios mío! murmuró y descansó..... Y oró.

La noche misma debió haberse sentido indemnizada del horrible episodio de los

lobos, al ver que bajo aquel árbol había una alma que hablaba con Dios.

La primera mirada que D. Santiago dirigió, fué al cielo; allí la recogieron las primeras estrellas que empezaban á cintilar después de la tormenta.

El pobre viejo contenía la respiración, y esperaba.

Recorrió con la mirada en el horizonte, buscaba un punto en donde alguna transparencia anunciase al día.

Pasaron las horas, huyeron las nubes, se engalanó el firmamento con sus mundos brilladores, y don Santiago se puso de nuevo en marcha hacia los valles.

Anduvo sin descanso hasta que empezaron á hundirse las estrellas en el diáfano azul de los espacios; ya cerca estaba el lumínar que con sus rayos ahuyentaría todos los horrores de la noche.

Por fin miró una línea, era el perfil de una cordillera, era el oriente, era el día, era el consuelo.

Don Santiago se arrodilló y le habló á la luz.

—¡Gracias! ¡gracias Dios de mi alma! venga á mí tu luz, báñeme en ella el día y bañe mi camino y á las criaturas todas. Besa ¡oh luz color de rosa! á este árbol amigo, como yo lo he besado; besa la tierra en que me postro; besa mi frente que surcó el dolor. ¡Padre mío! alumbrame para que encuentre á mi hijo; él también se hundió en la noche ¡pobre hijo mio! él me está llamando..... Dame fuerzas para salvarlo, ¡Dios..... ¡Dios mío!.....

Y don Santiago sintió el vigor de la fé en su alma.

La luz se difundía, los árboles parecían sonreír, por todas partes se levantaban vapores, como crespones flotantes que iban mas tarde á engalanar el azul del cielo con girones blancos; verdegueaban los campos y temblaban sobre las hojas mil gotas cristalinas; zumbaban los insectos y tendían el vuelo algunas aves.

Don Santiago contempló de lejos su ár-

bol amigo, no quería separarse de él, sin haberlo contemplado á su sabor, bañado con los dorados rayos del sol.

Al fin echó á andar; descendía á aquellos campos, no sabía si estaría muy lejos de su pueblo, no se acordaba de lo que había andado, lo rodeaban por todas partes perfiles de eminencias desconocidas, pero don Santiago caminaba siempre hacia el oriente, atravesó un valle y comenzó al cabo de largo tiempo á ascender por una pendiente.

A cierta altura pudo distinguir en el horizonte un contorno azul, y leyó en él como un geroglífico que le era familiar; era el perfil de una montaña conocida.

Estaba orientado, había más, estaba cerca de su casa.

Tomó aliento y siguió su camino, pensando en que su excursión se había reducido, desde que fué plagiado, á un rodeo por las montañas.

Dejemos á D. Santiago llegar tranquilamente á su casa, y veamos lo que pasaba en la hacienda grande, después del relato

de Carlos, acerca de la historia (pendiente aún) de Fernando y de María.

Cuando los convidados abandonaron el jardín, notaron que en el patio de la casa circulaban rumores y había cierto movimiento desusado.

Acababan de llegar unos mozos que traían pliegos para D. Nestor.

—¿De qué se trata? dijo en voz alta don Homobono Pérez.

—Yo soy, señor amo, dijo un hombre envuelto en una frazada azul y blanca.

—¿Quién eres tú?

—Pues *semos* del juzgado.

—¿Buscan á don Nestor?

—Sí, señor amo.

—D. Nestor! gritó D. Homobono, aquí buscan á usted.

Acercose D. Nestor al grupo, y reconociendo á los muchachos porta-pliegos, les dijo:

—¿Qué se ofrece? ¿ha habido novedad?

—No, señor, sinó que ya llegó D. Santiago.

—¡Hombre!

—¿El plagiado? preguntó uno.

- El plagiado dijeron varias voces.
—¿Y qué traen preguntó D. Nestor.
—Pos un oficio del juzgado.
—Á ver.

El mozo se desató un pañuelo que traía ceñido á la cintura, lo desenrolló y sacó una vieja pasta de libro, dentro de la cual venía la comunicación para D. Nestor.

Dos criados estaban ya alumbrando la escena, uno con un hachón y otro con un farol.

Rasgó D. Nestor el sobre con todo el desparpajo con que una autoridad debe rasgar sobres, y mientras daba éste con una mano al mozo, extendía la otra con el oficio hacia el farol.

Limpió, por si acaso, la marmaja del oficio contra la manga izquierda de su chaqueta, y se puso á leer.

—Lea usted en voz alta, le dijo á don Nestor su yerno, que se había acercado al husmo del procedimiento.

—«Juzgado constitucional, etc., dijo don Nestor.

«Ahora que son como las seis de la tarde,

acaba de entrar á esta población, procedente de donde estaba en calidad de plagiado, el amigo D. Santiago, de lo que tuvo noticia este juzgado, mandando practicar la debida averiguación, en cumplimiento de la ley, con las órdenes competentes para el aseguramiento de la persona del aparecido, de quien tomadas las generales en presencia de D. Leocadio, y mi compadre el de las vacas, á falta de otros testigos de asistencia, por no haberlos en este juzgado, dijo el mencionado D. Santiago llamarse como queda dicho, mayor de edad, soltero y de ejercicio propietario; y de lo demás, por no hacer mas larga esta comunicación, ni detener al correo que ya se va, los muchachos informarán verbalmente de palabra de todo lo ocurrido, y de lo que tiene que hacerse en el asunto de dicho don Santiago, que llegó bueno.

Unión, independencia y constitución. Juzgado constitucional de &.»

—¿Bueno; pero quién agarró á don Santiago? preguntó don Nestor.

Pos esque lo llevaron á las peñas pardas, lo mismo que al muchachito, y á los mozos que llevaron; no más que los mozos pudieron chisparse, porque uno venía en el caballo de don Longinos, y otro en la yegua del otro de allá, y que como le salieron cuatro, eran como *quen* dice con su *caduno*, y los mozos destaparon y destaparon esos señores, y eso fué meter espuelas, que hasta don Longinos dice que eso tiene prestar uno sus cosas, porque su caballo se le mancó, que yo lo *vide*.

—¿Pero llegaron los mozos?

—Pues no, ¡cuándo no habían de llegar!

—¿Y qué dijeron de don Santiago?

—Pues que no le vieron.

—¿Y qué hicieron en el pueblo?

—Pues ensillar.

—¿Y luego?

—Jalamos todos á buscarlos á los plagiarios.

—¿Iban muchos?

—Hartos.

—¿Como cuántos?

—Hártitos.

—¿Y no encontraron nada?

—No más encontramos al del potrero de don Encarnación, que dijo que los *vido* que cortaron para abajo, y que como iba con las yuntas y en el potrillo, no avisó: *¿pos onde* iba á avisar, si el potrillo ni el freno coje, y luego tan chiquito que salió, que parece jumentito, con perdón de usted.

—Pero bien, ¿al fin se ha podido averiguar algo?

—Pos cuándo no!

—¿Quiénes fueron?

—Al principio no se sabía; pero ora que llegó don Santiago, pues ya no cabe duda de que fueron....

—¿Quiénes?

—Gómez y el Pájaro.

—¡Gómez! dijeron varias voces.

—¡Gómez! ¡qué tal!

—¿Con que Gómez?

—¡Si tengo un ojo!.... dijo don Nestor; á ver, que prendan á Gómez: ya lo ve usted, señor don Carlos, si cuando yo decía....

—Que busquen á Gómez.

—¿Pero están seguros de que él fué? preguntó Carlos.

—¡Vaya, señor! con que le conocieron el caballo, dijo el mozo, y ahí están los rastros del ranchito y hasta la tuerta que los *vido*, y á mí me dijo el auxiliar, ensilla y vete con tu primo á la hacienda grande, y le avisas á don Nestor que fueron Gómez y el Pájaro los del plagio; y que si puede los agarre, porque ellos son.

—¡A ver! gritó don Nestor, ¡todos sobre Gómez!

A esta voz, se dirigieron hacia uno de los cuartos bajos del patio, en que se había alojado Gómez: empujaron la puerta y entraron.

Gómez no estaba allí.

—¿Pues dónde está?

—El pájaro voló, gritó uno.

A ver, dijo D. Homobono, ¿dónde está el caballerango?

—Don Cuevas, que lo llaman, dijo un jayán.

—Mande, gritó una voz estentórea y hueca.

—¿Pos que dónde está Gómez?

—¿Cuál?

—Pos el del caballo prieto que trajeron.

—¡Adios! con que no se fué dende esta mañana.

—¿Esta mañana? no puede ser.

—Pos á mí me dijeron que se iba. Adios, pues si aquí faltan las cabezadas del amo.

—¿Qué cabezadas?

—Pos las de plata.

—¿Y las pistolas? preguntó uno.

—Aquí las puse, dijo un criado.

—¿Qué tal? ¿qué tal? exclamaba D. Nestor, quien á cada falta que se notaba, brincaba de gusto por haberse salido con la suya.

Buscaron á Gómez por todas partes, á pesar de que cada cual tenía la convicción de su fuga, lo cual, según la respetable opinión de don Nestor, era la mas palpable corroboración de ser Gómez, y no otro, el autor del plagio, y á la vez uno de los asaltantes de la noche aquella, y que, en con-

secuencia, se debía proceder sin demora al aseguramiento de Salomé, por ser el hilo mas seguro para la justicia.

—Apuesto á que también se ha ido, dijo uno.

—No, señor, gritó una voz, la presa está en lugar seguro, y sigue incomunicada.

Oyóse el golpe seco de un fusil que se terciaba.

—¿Dónde está la reo? preguntó don Nestor.

—En este cuarto, contestó el centinela, y suplico á usted que me releven, porque estoy como desde las cuatro.

—A ver, que releven á éste, gritó don Homobono, es una injusticia tener á un centinela tanto tiempo.

Relevaron al centinela, reencargándole á la presa, y la noticia de la cena vino á disolver la reunión.



CAPÍTULO X.

CONTINÚA LA HISTORIA DE LAS
TORTOLITAS.



AHORA de sobremesa, dijo Castaños, sabremos el desenlace de la historia de Fernando y María.

—Cabal, dijo Anita, yo no he pensado en otra cosa.

—Ni yo, exclamó Carolina suspirando.

Efectivamente, á instancia de todos, Carlos continuó la pendiente historia, del modo siguiente: